

EL RÍO Y EL DESIERTO



Había nacido en las montañas del centro de la selva africana y corría caudaloso entre árboles y animales. Bajaba con fuerza entre rocas, atravesaba gargantas y saltaba por ruidosas cataratas. La vida brotaba a sus orillas; observaba cómo los animales saciaban su sed y las aves iban de un árbol a otro exhibiendo sus colores. El río era feliz; se sentía fuerte y satisfecho de darse a los demás.

Sin embargo, un día el caudal empezó a reposarse y caminaba más lentamente. La espesura del bosque comenzó a clarear. La selva dejó paso a los arbustos primero y a los pastos y cañas después. El agua se sentía estancada y el río fue finalmente un humedal.

Enfrente apareció el desierto. Era inmenso. El agua se acercó a tocarlo; sus arenas estaban muy calientes y, al entrar en contacto, el agua desaparecía. Tuvo miedo y se retiró. ¡Era demasiado grande! Sentía que era imposible seguir avanzando.

De repente, entre los juncos, escuchó la voz del viento:

- ¡Déjate llevar!
- ¿Dejarme llevar? ¿Por quién?
- Yo te trasportaré lejos.
- ¿Tú? ¿Cómo vas a llevarme si yo soy agua y tu aire? –replicó inquieto el río.

Entonces le susurró el viento:

- Si te adentras en el desierto, ya no serás agua, sino vapor, y yo podré llevarte por encima de las dunas, hacia las montañas y el mar.



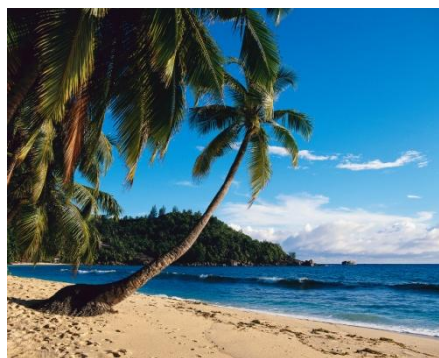
El río se sintió inquieto. No daba crédito a las palabras del viento. Les daba vueltas: *Serás vapor y yo te llevaré...* Ser vapor... ¡Eso es perderse! ¿Cómo se puede consentir? ¡No me atrevo!

El tiempo pasaba; el agua seguía estancada y el río añoraba los momentos en los que corría entre las peñas. Entonces otras ideas les surgieron con fuerza: *Te llevaré por encima de las dunas, hacia las montañas y el mar...* ¡El mar! ¿Cómo será? Una poderosa atracción surgía de esa palabra. Encontrarse con el mar...

Era ya mediodía, y el río avanzó decidido. Sus aguas comenzaron a invadir las arenas del desierto. Sin poder remediarlo, se filtraban tierra adentro e iban desapareciendo. Entonces, empezó a brotar humedad de las dunas y el viento la fue recibiendo. La llevó sin descanso hacia lo alto y las gotas minúsculas de agua se reencontraron formando nubes. El aire comenzó a soplar y las trasportó por encima de las dunas. El agua pudo ver lo realmente grande que era el desierto.

Después de unos días de un viaje que parecía interminable, las nubes pudieron divisar las montañas. Se erguían poderosas impidiéndoles el paso; pero el mar no aparecía por ninguna parte. Entonces el viento las empujó contra las paredes de roca y las nubes comenzaron a subir. Al alcanzar la cima, pudieron entonces contemplar su destino y el deseo profundo de su corazón. Ante ellas, no muy lejos se desplegaba el espectáculo aún más impresionante del interminable océano.

Sin saber cómo, las gotas de las nubes comenzaron a unirse hasta ser tan grandes que cayeron como lluvia regando las laderas de las montañas. Ya en la tierra, comenzaron a correr y a unirse formando arroyos y ríos que corrieron alcanzando las orillas del mar.



Sus aguas dulces fueron recibidas por las corrientes marinas de agua salada; entonces, el agua por fin descansó. ¡Había llegado a su destino!

Para profundizar:

- ✚ Visualiza el recorrido del río... ¿Dónde te encuentras en este momento de tu vida?
- ✚ El momento más crítico ocurre cuando el río se encuentra con el desierto. ¿Cómo reaccionas tú ante los momentos de estancamiento?
- ✚ Siente el miedo del agua y reconoce la dificultad para entregarse al desierto...
- ✚ Escucha las palabras del viento y siente el deseo de encontrarte con el mar... ¿Con qué lo puedes identificar en tu vida?

¿Te parece lejano todo esto? Ya hace mucho tiempo nos decían:

*Nuestras vidas son los ríos, que van a dar a la mar,
que es el morir (Jorge Manrique)*